



## **Abertura y asimilación en la lengua portuguesa: el papel del escritor\***

### **Abertura e assimilação na língua portuguesa: o papel do escritor**

João Almino\*\*

#### **Resumen**

*Este artículo describe algunas características propias de la lengua portuguesa, su riqueza transcultural y multicultural, así como su flexibilidad, musicalidad y capacidad de asimilación. Existe apenas una lengua portuguesa, y sus diversas manifestaciones en Europa, América, África y Asia son mutuamente enriquecedoras y energizantes. Esa lengua no necesita ser defendida contra influencias extranjeras o populares e “incultas”. La mejor manera de defender una lengua es mantenerla viva a través de la inversión en educación, así como de la abertura cultural, de la creatividad y de la libertad de pensamiento.*

#### **Palabras clave**

*Abertura; asimilación, portugués, creatividad literaria.*

#### **Abstract**

*This article highlights some characteristics of the Portuguese language, its transcultural and multicultural richness as well as its resilience, musicality and its assimilating capacity. There is only one Portuguese language, and its diverse manifestations in Europe, America, Africa and Asia are mutually enriching and energizing. This language does not need to be defended against foreign or popular, “uncultivated” influence. The best way to defend a language is to keep it alive through investment in education as well as cultural openness, creativity and freedom of thought.*

#### **Keywords**

*Openness; assimilation; portuguese; literary creativity.*

---

\*\* João Almino es escritor, autor de las novelas del llamado “Quinteto de Brasília”: *Ideias para Onde Passar o Fim do Mundo* [Ideas para donde pasar el fin del mundo], *Samba-Enredo* [Samba enredo], *As Cinco Estações do Amor* [Las cinco estaciones del amor] (Premio Casa de las Américas 2003), *O Livro das Emoções* [El libro de las emociones] (indicado para el 7º Premio Portugal Telecom de Literatura 2009 y el 6º Premio Passo Fundo Zaffari & Bourbon de Literatura 2009) y *Cidade Livre* [Ciudad libre] (Récord, 2010).

COMIENZO CON UNA FRASE DE CAETANO VELOSO: “Mi patria es mi lengua.” Discúlpenme, no es de Caetano Veloso, sino de Fernando Pessoa y no propiamente de él. Es de una personalidad literaria que fue creación de él, su heterónimo o semi-heterónimo llamado Bernardo Soares. En el fragmentario *Livro do Desassossego* [Libro del desasosiego], él escribió lo que ha sido tantas veces repetido:

No tengo ningún sentimiento político o social. Tengo, sin embargo, en un sentido, un alto sentimiento patriótico. Mi patria es la lengua portuguesa. No me pesaría que invadiesen o tomaran Portugal, siempre que no me molestasen personalmente. Pero odio, con odio verdadero, con el único odio que siento, no a quien escribe mal portugués, no a quien no sabe sintaxis, no a quien escribe en ortografía simplificada, sino a la página mal escrita, como a persona propia, a la sintaxis equivocada, como a gente a la que golpear, a la ortografía sin ípsilon, como al escupitajo directo que me enoja independientemente de quien lo haya escupido.

Sí, porque la ortografía también es gente. La palabra es completa vista y oída. Y la gala de la transliteración grecorromana me la viste con su verdadero manto regio, gracias al cual es reina y señora. (PESSOA, 1986).

No se trata, por lo tanto, de un patriotismo referido a un territorio amplio, de los países de la lengua portuguesa. Se trata de un patriotismo referido a la lengua misma. Lo que Bernardo Soares odia es la mala escrita, tal el amor que nutre por su patria, su lengua.

Y acontece que a esa patria pertenecen más de 210 millones de personas en América, en África, en Europa y en Asia. Quiero dejar en claro, desde el inicio, que me refiero al portugués como una única lengua –no existe, por ejemplo, una lengua brasileña a parte, a pesar de lo que hacen creer las traducciones de libros brasileños al francés, en los cuales leemos en sus portadas “traduit du brésilien”. Tampoco existe un dialecto brasileño. A pesar de las diferencias, que pueden, en algunos casos, ser inmensas, lo que se habla y se escribe en Brasil todavía es la lengua portuguesa, y no una lengua “brasileña” a parte. La lengua portuguesa es una dentro de su diversidad: vocabulario, hasta incluso gramatical, morfológica y sintáctica, pero sobre todo de entonación, que varía de continente a continente y hasta incluso dentro del mismo país; una lengua, por ejemplo, que es consonántica en Portugal y vocalizada en Brasil. Al ser llevada de un país al otro, la propia gramática necesita reorganizarse para acomodarse a la lengua viva.

Hay también, inversamente, procesos de convergencia facilitados por la mayor comunicación dentro del espacio luso – afro – brasileño propiciada por la aviación, la televisión, la música, la Internet y los medios de comunicación en general. Y hay características comunes de las varias expresiones del portugués, que lo distinguen como lengua en el universo más amplio de las lenguas occidentales. Mucho ya se escribió sobre la musicalidad y la plasticidad de la lengua portuguesa que se prestan al lenguaje poético, no apenas en la poesía sino de igual manera en la propia prosa. La flexibilidad en el orden de las palabras en la frase es otra característica del portugués que ni siempre se encuentra en otras lenguas. La diferencia entre “ser” y “estar”, existente en portugués y en español, y las formas verbales complejas crean posibilidades de expresión impensables en otras lenguas, como el inglés.

El alto grado de transculturalidad de la lengua portuguesa es otra de sus mejores características: en ella está la historia de Portugal y de su expansión colonial. En ella están las marcas de la contribución del árabe, de lenguas africanas y amerindias, así como de diferentes inmigraciones, sobretudo en Brasil.

El portugués es una lengua latina que se desarrolló y se fortaleció al absorber esas varias contribuciones, y esta es una razón para creer que no está amenazada ni será corrompido por la asimilación de una u otra palabra de alguna lengua extranjera. Hay que considerar el carácter dinámico de las lenguas. Conuerdo con el académico, poeta, narrador y traductor Geraldo Holanda Cavalcanti, cuando afirmó en su discurso de pose en la Academia brasileña de letras, pronunciado el 19 de octubre de 2010:

El idioma de un pueblo o de una nación es algo vivo, evolutivo, maleable. Que las palabras envejecan ya lo sabía Horacio que dice, en su *Arte poética*: “Como las hojas en el bosque, las palabras envejecen y caen (...). Algunas renacen, otras, ahora en boga, caerán, si el uso así lo quiere, el uso al que pertenecen, en las lenguas, la soberanía, el derecho, la regla”. Y eso se aplica tanto a la palabra aislada, en sus connotaciones, como a su empleo en la frase, en su uso sintáctico, semántico, estilístico. Y es, entonces, la literatura que es afectada. La norma culta, que cumple a los gramáticos detectar, proteger, tampoco es marmórea, y es por saber como transgredirla que, muchas veces, de algún escritor que la dome, puede surgir un nuevo lenguaje literario.

Ya hubo una época en la que los puristas de la lengua portuguesa querían defenderla principalmente de la influencia del francés. Había temor de los galicismos. Hoy en día hay

una enorme preocupación con la Internet y con la asimilación de muchas palabras del inglés. Frecuentemente esas palabras son innecesarias porque ya tienen sus sinónimos latinos en lengua portuguesa. ¿Pero quién, en su sana conciencia, cree que sería posible evitar que usásemos en Brasil términos como ´e-mails´ porque sería más exacto traducirlos para ´correo electrónico´? De hecho, sería perfectamente dispensable emplear un término como ´deletar´, cuando en portugués existe ´apagar´. Sin embargo, los diccionarios están llenos de sinónimos y ´deletar´ no apaga ´apagar´ del vocabulario. No tiene el poder de, por sí solo, empobrecer el pensamiento.

Más comprensible todavía es la asimilación que la cultura popular emprende, por ejemplo, cuando transpone para el portugués o mantiene vivos en el idioma vocablos africanos o indígenas de América o preserva fórmulas arcaicas del propio portugués, de que son ejemplo los resquicios del lenguaje seiscientista presentes en la región Nordeste de Brasil. Estos resquicios están a veces en la propia estructura de la frase. Celso Cunha decía, por ejemplo, que la colocación de los pronombres átonos en Brasil, que difiere de la portuguesa, encuentra “similar en la lengua medieval y clásica”. Además de esto, en este aspecto particular, según su interpretación, fue en Portugal que se procesó el cambio principal, pues aquí esos pronombres “se hicieron extremadamente átonos, en virtud del relajamiento y ensordecimiento de su vocal”, mientras que en Brasil ellos se mantuvieron semi-tónicos, “y esa mayor nitidez de pronunciación, aliada a particularidades de entonaciones y a otros factores (de orden lógica, psicológica, estética, histórica, etc.), les hace posible una gran movilidad de posición en la frase, que contrasta con la colocación más rígida que tiene en el portugués europeo.” (CUNHA, 1981, p. 15-18)

La uniformización de la escrita del portugués entre los países lusófonos no es fundamental, pero es positiva. Ya la uniformización de los usos de la lengua, de su vocabulario, sería no apenas imposible sino también empobrecedora. Al leer un escritor africano de lengua portuguesa, quiero sentir el sabor propio de la lengua portuguesa de África, y si no entiendo un vocablo, mejor: tengo la oportunidad de entrar en un universo nuevo. Tanto la preservación de los estilos del lenguaje oral y escrito local como sus influencias recíprocas son saludables. Felizmente ya se perdió el hábito de traducir libros del portugués de Portugal al portugués de Brasil y viceversa. Debemos ser capaces, en el universo de la lengua portuguesa, de leer unos a los otros y no apenas porque firmamos un

acuerdo de uniformización de la ortografía. Será tanto mejor para el enriquecimiento de nuestro acervo cultural común y la preservación y fortalecimiento de nuestra lengua, cuanto más podamos mantener y expandir el diálogo entre nuestras literaturas.

Hace algunos años escribí sobre el diálogo interrumpido en las relaciones literarias entre Brasil y Portugal. Yo decía que durante el siglo XIX algunos escritores brasileños, como Gonçalves Dias, Raimundo Correia y Olavo Bilac, tuvieron participación en los movimientos literarios portugueses y no apenas sufrieron su influencia, sino que también los influenciaron.<sup>1</sup> Los portugueses Almeida Garret (1799-1854), Antero de Quental (1842-1891) y sobretodo Camilo Castelo Branco (1825-1890) estuvieron muy atentos a lo que pasaba en Brasil. Por otro lado, la presencia de la literatura portuguesa en Brasil era inmensa. Las relaciones literarias entre los dos países ganaron mayor densidad en un periodo de cerca de treinta (30) años, entre 1885 y 1915. En aquella altura, el espacio literario y cultural entre Brasil y Portugal era prácticamente uno solo. Aunque haya sido expresiva la relación entre el modernismo portugués y el brasileño, hay sin dudas, una diferencia cualitativa entre los periodos anterior y posterior al inicio del modernismo en Portugal y en Brasil, quedando claro que se procesa un debilitamiento de los lazos literarios luso – brasileños. Sin embargo, incluso después del modernismo, poetas brasileños, como Manuel Bandeira y Carlos Drummond de Andrade, o portugueses, como Fernando Pessoa, fueron leídos y comentados indistintamente en Brasil o en Portugal lado a lado con los nacionales. Fueron conocidos en Portugal los poetas Jorge de Lima, Cecilia Meireles, Murilo Mendes y, más tarde, João Cabral de Melo Neto, así como los novelistas Ribeiro Couto, Jorge Amado, Graciliano Ramos, José Lins do Rego, Amando Fontes, José Américo, Raquel de Queirós, João Guimarães Rosa, Clarice Lispector, Erico Veríssimo, Ligia Fagundes Teles, entre otros. Varios, entre estos, todavía son editados en Portugal o sus libros se los puede encontrar en algunas librerías portuguesas, en ediciones brasileñas. Si con el modernismo el diálogo literario entre Brasil y Portugal no fue interrumpido, pero hubo un cambio cualitativo en razón de una fisura en el espacio cultural luso-brasileño, un cambio de proporciones semejantes a esta, en el sentido de un distanciamiento aún mayor,

---

<sup>1</sup> Vide *Os últimos luso-brasileiros* [Los últimos luso brasileños], de Silveira. Se trata de conferencia de cerca de treinta (30) páginas, sobre la participación de brasileños en los movimientos literarios portugueses del Realismo a la disolución del Simbolismo, o sea, de cerca de 1870 hasta antes de las revistas *Atlântida* [Atlántida] (1915-1919) y *Orpheu* [Orfeo] (1915).

se produjo después de la implantación de la dictadura militar en Brasil, en 1964. En parte esto se explica por el sustrato político de gran parte de la producción literaria en Brasil, en una época en la que en Portugal también se vivía bajo un régimen dictatorial. Aunque la situación política hubiese cambiado en ambos países, hasta recientemente el foso permanecía, tal vez por inercia.}

Creo que la situación comenzó a cambiar. Comienza a haber un contacto mayor no apenas entre la literatura brasileña y la portuguesa, sino también entre esas dos y la de los países lusófonos de África. Ese aumento de la circulación de los textos literarios en el espacio luso-afro-brasileño es revitalizante para la lengua portuguesa y ventajoso para los países involucrados, pues propicia la energización de una literatura por la otra, lo que es facilitado por la lengua.

El lastro sobre el cual se asienta el deseo de una aproximación literaria mayor es la frustración con su inexistencia es verdadero: la historia y la lengua en común. Pero dijimos que de nada sirve, en nombre de ese lastro, hacer una defensa de la necesidad de privilegiarse las relaciones literarias entre los países lusófonos o de declarar la guerra a los *best-sellers* traducidos. Una necesidad o se siente o no se siente. Se puede ver el ejemplo del denso intercambio literario espontáneo entre Estados Unidos e Inglaterra, asentado en una genuina admiración recíproca. O de los estrechos lazos literarios del mundo hispano, de este y de aquel lado del mar.

En Brasil hubo, desde Alencar hasta el modernismo, una preocupación con la cuestión de una literatura con identidad propia, separada de la de Portugal. Con la madurez, cuando nadie duda de la existencia de una literatura brasileña distinta a la portuguesa, lo que cabe es el proceso inverso, de identificación de las semejanzas, de búsqueda de aproximaciones, con la intención, no de encontrar modelos aquí o allá, sino de establecer relaciones horizontales, y estos movimientos de aproximación deben incluir –y felizmente están incluyendo– también a la África portuguesa.

No apenas nuestros autores nacionales dialogan entre sí y con otras culturas, sino lo mejor de lo que producen tiene una dimensión supranacional. La fuerza de *Macunaíma* y del *Grande sertão: veredas* no reside apenas en su carácter antropológico, regionalista, ni en su brasilero. No son obras que se cierran en el horizonte provinciano. Eça de Queirós, Machado de Assis, Clarice Lispector, Sá-Carneiro, Fernando Pessoa, Graciliano

Ramos, Guimarães Rosa, José Cardoso Pires, José Saramago, Lobo Antunes, Pepetela, Mia Couto o Herberto Helder deben ser leídos al mismo tiempo como creadores individuales y como autores universales.

Es claro, su consistencia, la sustancia misma con la que se nutren, su moneda de cambio en el espacio más allá de fronteras son dadas por su base local, individual y cultural. Sin embargo, las culturas locales no son apenas un dato, un espíritu cerrado y estático. Tiene su dinámica propia y pueden ser abiertas, como ciertamente lo son las culturas lusófonas. Incluso quien, como Gilberto Freyre, creía en la necesidad de defenderlas, apreciaba sus cualidades de abertura. Comentando el libro de aquel sociólogo *Una cultura amenazada*. La luso-brasileña, Sergio Buarque de Holanda decía: “La misma cultura luso – brasileña él la reverencia precisamente por sus cualidades universalistas, por su capacidad de acoger formas disonantes, acomodándose a ellas o acomodándose a sí, sin –con eso- perder su carácter.” (HOLANDA, 1979, p.75). De hecho, Gilberto Freyre defiende la tesis que los colonizadores portugueses casi siempre buscaron una solución “profundamente humana y no estrechamente étnica o nacional” (FREYRE, 1942, p. 23) para los problemas sociales. Decía él: “el portugués se ha perpetuado, disolviéndose siempre en otros pueblos al punto de parecer que se va perdiendo en las sangres y en las culturas extrañas” (FREYRE, 1942, p. 26). Esa cultura portuguesa, ya en si permeable y asimiladora, sería en Brasil que se haría “plural y abierta a otras culturas” (FREYRE, 1942, p. 27). Creo que, en esta cuestión, era correcta la perspectiva adoptada por Freyre.

Un idioma se defiende manteniéndolo vivo y para eso contribuye esa abertura cultural, así como la elevación de los padrones de educación y de lectura de la población. La amenaza mayor a una lengua no viene de sus cambios, sino, por el contrario, del apego a su parálisis y a formas cristalizadas. La lengua debe dar lugar al potencial poético y crítico, debe estar abierta a la interrogación y a la aventura del pensamiento. Debe abrigar el inconformismo y la rebeldía. Debe ser un instrumento de comunicación y de aprendizaje, de expresión de emociones y de nuevas ideas. Y todo eso es más fácil a través de mayor libertad y de menor rigidez.

Volvamos a Pessoa, o mejor, a Bernardo Soares, en un trecho inmediatamente antes al de la referencia a la lengua portuguesa como patria, pasaje que es un homenaje a nuestra lengua por lo que dice y por la forma como lo dice:



Me gusta decir. Diré mejor: me gusta palabrear. Las palabras son para mí cuerpos tocables, sirenas visibles, sensualidades incorporadas. Tal vez porque la sensualidad real no tiene para mí interés de ninguna especie -ni siquiera material o de ensueño-, se me ha transmutado el deseo hacia aquello que crea en mí ritmos verbales, o los escucha de otros. Me estremezco si dicen bien. Tal página de Fialho, tal página de Chateaubriand, hacen hormigear a mi vida en mis venas, me hacen rabiarse trémulamente quieto de un placer inaccesible que estoy teniendo. Tal página, incluso, de Vieira, en su fría perfección de ingeniería sintáctica, me hace temblar como una rama al viento, en un delirio pasivo de cosa movida.

(...) muchas veces, escribo sin querer pensar, en un devaneo exterior, dejando que las palabras me hagan fiestas, niño pequeño en su regazo. Son frases sin sentido, que corren mórbidas, con una fluidez de agua sentida, un olvidarse de riachuelo en el que las olas se mezclan e indefinen, volviéndose siempre otras, sucediéndose a sí mismas. Así las ideas, las imágenes, trémulas de expresión, pasan por mí en cortejos sonoros de sedas esfumadas, donde una claridad lunar de idea oscila, batida y confusa.

No lloro por nada que la vida traiga o se lleve. Hay sin embargo páginas de prosa que me han hecho llorar. (PESSOA, 1986)

Como conclusión yo diría que los escritores deben convivir pacíficamente con las variaciones y las asimilaciones de la lengua. No es su papel defender un idioma entendiéndolo como algo estático o la norma o padrón considerados correctos. Deben tener la libertad para crear, innovar y hacer disminuir la distancia entre el lenguaje hablado y el escrito. Deben, finalmente, estar atentos a los usos de la lengua y, como quería Bernardo Soares, escribir bien.

## Referencias

CAVALCANTI, Geraldo Holanda. Texto verbatim del discurso de pose en la Academia Brasileña de Letras, el día 18 de octubre de 2010. Disponible en: <http://www.academia.org.br/abl/cgi/cgilua.exe/sys/start.htm?infoid=10992&sid=704>

CUNHA, Celso. *Política e cultura do idioma*. Língua, nação e alienação. Río de Janeiro: Nova Fronteira, 1981, p. 15-18.

FREYRE, Gilberto. *Uma cultura ameaçada: a luso-brasileira*. 2.ed., Río de Janeiro: Casa do Estudante do Brasil, 1942. El libro consiste en la reproducción de una conferencia realizada por Gilberto Freyre en 1940 en el Gabinete portugués de lectura de Recife.



HOLANDA, Sergio Buarque. *Cobra de vidro*. San Pablo: Perspectiva, 1979.

PESSOA, Fernando. *Livro do Desassossego*. San Pablo: Brasiliense, 1986.

SILVEIRA, Pedro da. *Os últimos luso-brasileiros: sobre a participação de brasileiros nos movimentos literários portugueses do Realismo à dissolução do Simbolismo*. Lisboa: Biblioteca Nacional, 1981.